

trae ocupado siglos ha, la unión de lo de acá y de lo de allá, de lo temporal y de lo eterno.

¿No basta esto para invitar, á quienes sean capaces de grandes pensamientos y de serias acciones, á que dirijan su atención sobre la mística?

SEGUNDA PARTE

LA VIDA ESPIRITUAL

CONFERENCIA VI

ABANDONO DEL ESPÍRITU DEL MUNDO

1. La obra de la separación de los elementos hizo-se en el comienzo de la Creación por medio de violentos combates.—«En el principio, creó Dios el cielo y la tierra. Pero la tierra hallábase informe y desnuda, y las tinieblas estaban sobre la faz del abismo, y el Espíritu de Dios era llevado sobre las aguas. Y Dios dijo: «Sea la luz». Y fué la luz. Y vió Dios que la luz era buena, y separó la luz de las tinieblas.

Dijo también Dios: «Sea firmamento entre las aguas, y separe aguas de aguas». Y Dios hizo el firmamento, y separó las aguas que estaban bajo el firmamento de las que estaban sobre él.

En seguida Dios dijo: «Que las aguas que están bajo el cielo se junten en un sólo lugar, y que la parte árida aparezca». Y así fué hecho. «Y Dios llamó á la parte árida tierra, y al conjunto de las aguas, llámóles mares». ⁽¹⁾

Solamente entonces fué cuando Dios creó la hierba y los árboles que dan fruto, con todo lo que vive y respira sobre la tierra, y en fin, todo cuanto sirve para solazar su corazón, lo mismo que el corazón del hombre.

Crear, separar, ornar, tal es la triple marcha seguida por Dios en la Creación.

Palabras cortas, pero llenas de sentido. La Creación.

(1) Genes., I, 1 y sig.

ocurrió súbitamente. ⁽¹⁾ Mas la obra de la separación no fué así, y menos todavía la de la ornamentación, que todavía dura.

¡Quién podrá decir cuáles fueron las transformaciones y las tempestades ocurridas para separar la humedad y la aridez, la luz y las tinieblas, el calor y el frío! Sobre las paredes estriadas y pulidas de las rocas graníticas, sobre los bloques erráticos que han atravesado tierras y mares, sobre las capas de basalto recortadas, podemos leer algunas líneas de esa epopeya grandiosa. Mas, por esos pocos fragmentos medio descifrados, distamos mucho de formarnos idea exacta de esas luchas terribles que resumimos en esta breve expresión: formación de la tierra.

2. El camino de la santidad es camino de separación, de lucha y de purificación.—Lo mismo acontece en la vida de los santos. Con frecuencia, lo que acerca de ellos leemos, es muy poco, en ocasiones, hasta extremadamente lacónico, principalmente acerca de los tiempos más lejanos. Mas detrás de esas enseñanzas asombrosamente sencillas, hay un océano preñado de tempestades, de luchas y de monstruos amenazadores.

Fijémonos, por ejemplo, en San Pablo. Leemos primeramente respecto á él, algo que se refiere á Saulo, después súbitamente, vemos á Saulo convertido en Pablo. ¿Qué ha pasado en ese intervalo? ¿Qué luchas tuvo que sostener hasta el momento en que se obró esa transformación en él? El día postrero solamente nos lo dirá.

Mucho nos engañamos, con daño nuestro, si creemos que fué fácil á los santos alejar de sus venas la sangre corrompida de Adán, apartarse del mundo interior y exterior, y abrirse camino hasta la vida eterna. Nos imaginamos que los santos fuéronlo desde su nacimiento, ó que ganaron el puesto que en el cielo ocupan, sin pasar trabajo, á lo sumo, haciendo algunos milagros por vía de pasatiempo.

¡Mas no! el mismo San Pablo dice con tristeza: «Des-

(1) Thomas, 1, q. 74, a. 1, ad 1.

graciado de mí! ¿Quién me libertará de este cuerpo mortal?» ⁽¹⁾ Él mismo no se vió exento de esa lucha ruda, que «penetra hasta la sutura del alma y del espíritu, hasta las junturas y la médula». ⁽²⁾ ¡Con cuánta mayor razón á otro santo no le será dado perfeccionarse sin luchas y sin purificación!

No á un entretenimiento, sino á seria labor invitó Dios á todos, lo mismo á los santos ya perfectos que á nosotros, que luchamos por adquirir la perfección. Enviónos á todos al trabajo de la vida con esta recomendación: «Sabe distinguir lo precioso de lo vil, ⁽³⁾ hasta que tu vida se torne de mayor precio que el oro purificado por el fuego». ⁽⁴⁾

Tal es el camino por donde los santos hanse perfeccionado, unos al comienzo, otros al fin, la mayor parte durante el curso entero de su vida. Todos hanse hecho santos «á la manera que la plata se prueba por el fuego, y el oro en el crisol». ⁽⁵⁾

3. La naturaleza del hombre pide gran formalidad por nuestra parte.—¡Y esperamos que todo eso se haga por sí solo para nosotros! Cruzámonos de brazos diciéndonos: «que un poco en el hueco de la mano vale más descansadamente, que llenas ambas manos con trabajo y aficción de espíritu!» ⁽⁶⁾ Tomamos tan poco á pechos el ejemplo de los santos, que esperamos lograr cómodamente lo que lograron ellos á costa de los más penosos esfuerzos!

Sí, tenemos para nuestro uso personal una ascética *sui generis*, que casi pudiera llamarse la filosofía de la vida cómoda y de la gente honrada. Hemos trabado ya con ella conocimiento, considerándola como falsa interpretación de la doctrina del justo medio. ⁽⁷⁾

«Dícese que nada debe exagerarse. En fuerza de aguzar,

(1) Rom., VII, 24.

(2) Hebr., IV, 12.

(3) Jer., XV, 19.

(4) I Petr., I, 7.

(5) Prov., XVII, 3.

(6) Eccli., IV, 5, 6.

(7) Parte I, Conf. XV.

acábase por mellar. Quien mucho abarca, poco aprieta. Amor arrebatado, es fuerza que dura poco. El que más alto sube, mayor caída sufre. Proceder con moderación, dejar que el tiempo haga su obra, y saber esperar, he ahí lo que con seguridad nos lleva al término. Es inútil tentar lo imposible. La vida no es un libro. Pueden estamparse muchos principios sobre el papel, y aun desde este punto de vista, algunos vigilantes imprudentes van casi siempre sobrado lejos. Mas en la práctica, no deben tomarse las cosas tan á la letra. Por ese camino no se llega á ninguna parte».

¡Cuán ricos é inventores son esos apóstoles de la prudencia de la carne, tratándose de bellos principios, para demostrarse á sí propios que las cosas van lo mismo sin que haya necesidad de desplegar toda la formalidad de que es uno capaz! ¡Si tan sólo fueran en realidad! Mas ellos mismos son la mejor prueba de que no van.

Con bastante frecuencia, recuérdaseles que la mediocridad no lleva á parte alguna. Trabajo perdido. «Siempre exageráis;—dicen—dejadnos, pues, en paz con vuestro pesimismo. Conocemos bien nuestro deber. Queremos igualmente lo mejor. Nosotros también tenemos la inteligencia, la gracia y el Espíritu Santo. ¡Solamente vosotros pretendéis, pues, ser más prudentes y mejores que los demás?»

Y luego, por último, un fracaso. Entonces, admiraciones interminables. «Es cosa curiosa. Yo tenía, sin embargo, buenas intenciones. Pero nada cabe hacer contra la fatalidad. No hay duda de que todo se ha conjurado contra nosotros. Inclinémonos bajo la mano de Dios. Lo que Dios hace, bien hecho está».

Así, pues, Dios, el *fatum* pagano y Satanás, deben ser los responsables de todo lo que debiera casi siempre atribuirse á falta de formalidad en nosotros.

Mas, quien conozca la naturaleza humana, no se asombrará de ver que las cosas no andan mejor.

Ya el antiguo sabio decía: «Pasé por el campo del pere-

zoso y por la viña del insensato, y ví que todo ello estaba lleno de ortigas, que las espinas cubrían toda su superficie, y que el muro de piedra que lo rodeaba yacía por el suelo». (1)

Desde Adán, todos llevamos copiosos gérmenes malos en nuestra naturaleza. Aun entre los santos, tales gérmenes han crecido y dado malas hierbas, por cuidado que pusiesen para desentenderse de ello. ¡Qué será, pues, entonces lo que pase en nosotros, si nada hacemos contra esa invasión, ó si, á lo sumo, arrancamos de vez en cuando los tallos que dominan lo demás?

¡No, no! Llevamos en nosotros sobrados peligros para no comprender las palabras: «El reino del cielo sufre violencia, y solamente los violentos hácense dueños de él». (2) El estado de nuestra corrompida naturaleza no nos deja estar en paz con nosotros mismos, y querer, no obstante, lograr el fin.

Y aun cuando nuestra naturaleza se viese tan intacta como en el día en que salió de manos del Creador, costaríanos trabajo el conservarla y perfeccionarla. De esta suerte, difícil se nos haría cumplir nuestra misión. Quien pretenda elevarse, debe tener aspiraciones elevadas. Pues bien, el fin del hombre es lo más elevado que hay, puesto que es el mismo Dios.

No se exige á cada uno que logre ese fin de la manera más perfecta posible. Mas lo que á todos se pide es que traten de alcanzar la perfección según su capacidad y su situación.

No hace falta que sean todos artistas. Á quien carece de medios y de tiempo, pídesele únicamente que sea obrero laborioso, seguro. Pues bien, para llegar á eso, necesario es ya imponerse algún trabajo.

Muchos, sin embargo, tienen disposiciones, y, por el hecho mismo, también el deber de alcanzar más alta perfección. Aquellos á quienes su condición destina á ser artistas, no

(1) Prov., XXIV, 30, 31.

(2) Matth., XI, 12.

cumplen su fin, si no se levantan más allá que el mero artesano. Á esos aplícase lo que una gran Santa, Clara de la Cruz, acostumbraba á decir á sus religiosas: «Para nosotras, la perfección es inseparable de la salvación de nuestra alma. Hacer todos esos esfuerzos para llegar á lo que se tachá de exageración, no significa más entre nosotras, que trabajar formalmente en nuestra salvación». (1)

4. El espíritu mundano pide completa ruptura con él.—Esto solo, haría ya difícil nuestra empresa, la tendencia hacia la perfección, y nos impondría grandes luchas; esto solo haría ya que emprendiéramos la lucha contra nosotros mismos. El que una sola vez haya puesto mano seriamente en sí mismo, sabe lo que significa esto.

Pero nadie depende únicamente de sí mismo, sino que mil lazos nos unen á todos al mundo, el cual nos rodea por todas partes. Y aun cada uno de nosotros es una parte del mundo. De aquí que no necesitemos un examen muy profundo para saber lo que significa el mundo, lo que quiere decir el hecho de que pertenezcamos al mundo, que el mundo es una parte de nosotros, y que estamos bajo la influencia del mundo.

Muchos se escandalizan de estas palabras, creyendo que encierran una injusticia contra nuestros prójimos. Y cuando uno se apoya en las palabras del Señor y de sus Apóstoles, contestan que éstas se referían tan sólo al mundo pagano de aquel tiempo. Esto apenas necesita contestación. Si nosotros somos una parte del mundo, y si el mundo se compone absolutamente de partes como nosotros, todo está dicho. Sabemos de sobras qué gérmenes para el mal y qué obstáculos para el bien encontramos en nosotros. Todo esto, repetido millares y millones de veces, y aumentado por la cooperacion de un mismo espíritu para su realización en masa, y para su estabilidad y para su difusión contagiosa, esto es el mundo según el más sencillo concepto psicológico. Hasta no queremos tener en

(1) *Leben der heil. Clara vom Kreuze (von Montefalcone)*. Regensburg, 1882, 79.

cuenta la multitud de los malos de veras, ni los miles que intencionalmente impiden el bien, los cuales, con malicia infernal, propagan el mal. Basta, como ya se ha dicho, que tomemos la medida del mal de nosotros mismos, para comprender qué obstáculos y peligros se encuentran en el mundo.

Lejos de nosotros seguramente el pensamiento de hablar del mundo en esos términos desdeñosos y burlones, con los cuales espíritus orgullosos y malhumorados acostumbran á juzgarle, como, por ejemplo, los cínicos y los estoicos, en la época de decadencia de Grecia, los satíricos del período imperial de Roma, los jansenistas, los pesimistas, los budistas de los tiempos antiguos y de los tiempos modernos. ¡No! el mundo no se halla tan degradado como lo pintan esos implacables censores.

Mas, aun cuando no le creamos peor de lo que verdaderamente es, su malicia ¿no es, sin embargo, bastante grande?

No un fraile fanático,—como gustan decir—sino uno de los más grandes escritores de Roma, Tácito, es quien dijo esta famosa frase: «Corromper y ceder á la corrupción, eso llámase el mundo». (1)

No es un ermitaño quien, viviendo apartado del mundo, al cual no conoce, se forma respecto de él ideas equivocadas, sino que es uno de los más grandes conocedores del mundo y de los hombres, Shakespeare, quien dice de él: «¡Oh Dios! ¡oh Dios! ¡Cuán fastidiosos, insípidos y vanos me parecen todos los goces de este mundo! ¡Oh Dios! ¡cuánto es mi desdén por él y cuanto me cansa! No es más que campo agreste y degenerado sin cultivo; cúbrese tan sólo de frutos amargos y de grosera y salvaje naturaleza». (2)

¿Cómo alguien que no tenga intención de seducir ó dejarse seducir, cómo una inteligencia recta y un corazón no corrompido pueden ser partidarios del mundo?

Desde los antiguos tiempos, el principio confirmado por

(1) Tacitus, *Germania*, XIX.

(2) Shakesp., *Hamlet*, I, 2.

el Apóstol: «Las malas compañías corrompen las buenas costumbres», ⁽¹⁾ no ha dejado de ser verdadero.

Por esa razón, los hombres más viriles y los más santos han evitado las relaciones con el mundo. Temen no poder vivir en su seno sin verse contaminados por la atmósfera de disimulo, de engaño, de mentira, de orgullo, de sensualidad y de molicie que le rodea. Necesario fuera que uno se creyese más fuerte que esos héroes ó más santo que los Santos, ó bien fuera preciso que él mismo se hallase ya contaminado, si se imaginara poder prescindir de las mismas medidas de precaución.

Y el proverbio dice á su vez que «la ingratitud es la recompensa que da el mundo». Por esa razón, el simple honor pide ya que se vuelva la espalda á él, que traidoramente abandona, y con la burla en los labios, á quien fielmente le sigue y le sacrifica todo.

La necesidad de ennoblecer la propia inteligencia y de emplear útilmente un tiempo precioso, impone también, además, á cada cual, el deber de huir de una sociedad que derrocha la vida en diversiones fútiles y en placeres enervantes.

Sí, para quien ama la vida, es mera prudencia huir el trato devorador del mundo, de igual suerte que sus placeres, que con frecuencia acaban de terrible modo, con incendios de teatros, duelos, hundimientos de salones de fiestas, luchas en las calles, bombas y la intervención de la policía. Vaya quien quiera, porque libre es cada cual. Mas, ciertamente, nadie tiene necesidad de avergon-

(1) El Apóstol cita el senario «φθείρουσιν ἡθῆ χρηστὰ ὀμιλῖαι κακαί» (I Cor., XV, 33), sin decir de quien es. Clemente de Alejandría lo cita como una «sentencia poética» (ἡ ποιητικὴ λέγει, *Pædag.*, 2, 6, 50; *ἱαμβεῖω τραγικῶ*, *Strom.*, 1, 14, 59). Tertullian (*Ad uxorem*, 1, 8), lo llama «versiculi sanctificati per apostolum» y da de él esta traducción poética: «Bonos corrumpunt mores congressus mali». S. Jerom. (In Tit., I, 12; in Gal., IV, 24; Ep. ad Magn., 70 [al. 80, 83], n. 2 [Migne, 22, 665], lo atribuye á Menandro, *Thais*, 2.^a ed., Didot, 1877, p. 21). Sócrates (*Hist. eccl.*, 3, 16), y Nicéforo (*Hist. eccl.*, 10, 26), citan el verso como de Eurípides (Eurip. Fragm., ed. Wagner, n.º 962, p. 847). Erasmo (*Adagia*, ed. 1643, p. 517) le da otra forma: «κακοῖς ὀμιλῶν κ' αὐτὸς ἐκβήσῃ κακός». Se le encuentra en prosa en Aristot., *Eth.*, 9, 12, 3.

zarse para declarar públicamente que tal proceder no es de su agrado.

5. El espíritu de la época obliganos á escoger entre aspirar á la perfección ó ser arrollados por la corriente.—Pues bien, lo que acabamos de decir, encuentra hoy más que nunca su aplicación.

En otras épocas, el mundo velaba su verdadero carácter bajo ciertas apariencias de honradez y de sinceridad. Actualmente, ni siquiera mira eso como necesario. Arroja cada vez más el antifaz, y ofrece sus planes á la luz del día. ¿Á dónde, pues, iremos? ¿Á dónde llevaremos las almas que guardan su inocencia, sin que tengamos que temer por ellas y por nosotros los mayores peligros? No se da mostruario, cartel, periódico, hoja de papel para envolver, ni caja de fósforos en los cuales no se hallen figuras nocivas. Hasta parece que no se pueda tan siquiera frecuentar un paseo público, si quiere uno guardar puro su corazón.

Las frases brillantes de nuestra vida pública, es decir, las esferas sociales llamadas distinguidas, ocultan á veces una decadencia y una corrupción de costumbres, que traen á la memoria los tiempos de los Césares, la época del Renacimiento y la de Luís XV. Los periódicos ofrécennos reseñas de bailes de máscaras, en donde sus héroes aparecen con trajes provocativos, fiestas náuticas de peor género aún, representaciones en los hipódromos, en donde personas de la clase más elevada, caballeros y damas, representan papeles arriesgados á más no poder, y eso en medio de los aplausos de personas de más edad y de la misma categoría. Luego, si por casualidad ocurre que tales personas dejan por un momento esas malas diversiones, sustitúyense con exposiciones de perros, de productos culinarios, de bebés, con alguna fiesta de patinación ó de flores, por una lucha de gallos, una corrida, un baile dado á continuación de un incendio ó de una inundación, para volver inmediatamente á su propio terreno con una exposición de belleza.